

La clase pobre vivía en la abyección, en la miseria, en la ignorancia, vivía como verdadera esclava. Víctima de la avaricia de los señores, de la superstición, á nada aspiraba, en nada creía, si no es en ciertos principios religiosos mal explicados y peor comprendidos. Mal alimento, mal sanas habitaciones, hacían vjetar tristemente y sufrir de una manera cruel á esa clase desgraciada. La esposa servía también al amo; el hijo era azotado por éste y por el mayordomo, por el *caporal*, etc., y para el jefe de familia allí estaban la cárcel, el *cepo* y otros castigos que envilecen. Estas gentes, vestidas con telas groseras, con andrajos, eran naturalmente sucias, urañas, intratables. Vivían realmente la vida animal, y por lo mismo eran ignorantes y viciosas.

Los artesanos vivían mas cómodamente; tenían mayores aspiraciones, mas instrucción, pero podían muy poco contra la preocupación que creía degradado á quien ejercía un oficio. Tenían idénticas costumbres á las de la clase media agrícola, y eran más aseados, más laboriosos y menos avaros. De esta clase, como de aquellas, tenía el clero, no solo el pago de derechos por la administración de los sacramentos, sino limosnas y regalos. Las familias tenían relaciones con el cura, el ministro, el capellán, los frailes, y cooperaban con sus recursos al brillo de las funciones religiosas.

Algunas de las costumbres que reseño han desaparecido, pero otras existen todavía. A principios del siglo presente, el fanatismo estaba en todo su apogeo y la instrucción enteramente descuidada. El mas notable profesor de enseñanza, (dá tristeza decirlo!) hacía

el año de 1815, era el célebre "*mestro Espitia*," hombre que apenas sabía leer y escribir, pero que se atrevía á explicar el "*Caton Censorino*," único libro de moral y de religión que se enseñaba. La revolución de 1810, la consumación de ésta en 1821, el cambio de instituciones tres años despues, y el aumento de población en el Estado, son hechos que contribuyeron á desarrollar la instrucción pública, aunque lentamente. Lentamente también se han ido modificando las costumbres; pero por desgracia todavía no desaparecen por completo la ignorancia y la superstición.

Confieso que se han hecho esfuerzos para extinguir esos males, pero no los necesarios para darles muerte. Ya es tiempo de que el clero católico, único que existe allá, arranque de raíz las supersticiones que envilecen al hombre, desvirtúan el dogma y pervierten la moral; ya es tiempo de que la autoridad y la iniciativa individual multipliquen las escuelas, único antidoto contra el fanatismo y la ignorancia. Ya que hace veinte años se ha decretado que la enseñanza es obligatoria, debe el poder público abrir los planteles de educación que se necesiten para alcanzar los fines que el legislador se propuso. Ningun esfuerzo debe omitirse, ningun sacrificio economizarse para obtener este resultado. Mientras los conocimientos mas indispensables no se difundan convenientemente, no es posible la conquista del bienestar social y político. La instrucción primaria, que ha hecho la grandeza de la Alemania y de otros países cultos, debe ser la sólida base de la felicidad del Estado. Dejemos lo demás á los esfuerzos de la familia, á los de asociación. Contentémo-

nos con tener pocos sábios, pocos literatos, si no alcanzan nuestros elementos para sostener grandes establecimientos de instruccion secundaria y profesional; pero compensemos esto con las ventajas positivas que proporciona la difusion de los conocimientos entre el mayor número. Recuerden los que rigen los destinos de Aguascalientes, que un gobierno debe el pan de la instruccion á toda la sociedad y no á unos cuantos privilegiados. Solo así se dulcificará y modificará convenientemente todo aquello que repugna en nuestras costumbres actuales.

Hemos mejorado, pero no tanto que no se vea en las costumbres de hoy los resabios de las de ayer. El retraimiento, habitual entre nosotros, hace imposible la sociabilidad que tanto ilustra y mejora las costumbres. Nos falta un trato mas inmediato entre los dos sexos, cuya tendencia es la de agradarse recíprocamente, trato que pule el lenguaje, eleva la conversacion, despierta el sentimiento y hace agradables hasta los asuntos y negocios mas comunes. Muy distantes de obrar en este sentido como obran los pueblos cultos, hemos retirado al bello sexo de nuestras reuniones, y él se retira tambien, temiendo quizá la mordacidad de unos cuantos murmuradores sin conciencia, que ponen á discusion en los garitos y en las tabernas, la virtud de la vírgen y de la matrona y la honra del caballero.

Y en esto hay algo mas raro: los hombres, aun los de negocios, los ilustrados, viven en el aislamiento. Cada cual se contenta con un reducido círculo de amigos, cuya conversacion, que casi siempre recae sobre los mismos negocios, hace perder las ventajas de la socia-

bilidad, que consisten, entre otras, en transmitir conocimientos de que se carece. Una sociedad es una gran escuela de verdadera enseñanza mútua, donde cada miembro de ella es maestro y discípulo á la vez, se hace escuchar y escucha, corrije y es corregido. Esta misma circunstancia crea el estímulo. Obligado cada uno, por consideraciones de amor propio, á no aparecer como el último en una sociedad cualquiera, se esfuerza en lograrlo, y los esfuerzos de todos hacen que se transmitan sus conocimientos unos á otros, se propague el saber, despierte el gusto por lo útil y lo agradable. De este modo se habitúan los asociados al contacto íntimo, al trato social mas provechoso.

Por lo demas, los hijos de Aguascalientes, principalmente los de las *haciendas* y ranchos, son hospitalarios, de trato afable y franco. Conocemos poco por allá la hipocresía de los afectos. Las poblaciones en donde hay mas hombres ilustrados, son la capital y Rincon de Romos; en San José de Gracia, pueblo de indígenas, es donde mas difundida está la instruccion primaria, y el pueblo de Jesus María es el mas laborioso en el Estado. Los habitantes de Asientos y Tepezalá tienen costumbres mas sencillas, y en Cosío hay más sociabilidad que en otras poblaciones. A la sencillez de costumbres de los hijos de Calvillo se agregan una franqueza en el trato y cierta amabilidad respetuosa que hacen simpáticos á los habitantes de esa hermosa poblacion.

Los del Estado se distinguen de otros por su valor personal y más aun, por sus felices disposiciones

para la carrera militar. En política son retraídos. Se agitan unos cuantos partidarios, mientras las masas, salvo determinadas épocas, son apáticas espectadoras de cuanto pasa. Son muy comunes entre mis compatriotas la vivacidad de imaginación, el talento. Su percepción es muy rápida y retienen lo que una vez han aprendido. El talento imitativo es más general. Por desgracia tales disposiciones son esterilizadas frecuentemente por esa tendencia al aislamiento, eso que bien podríamos llamar flojedad, apatía, indolencia. Tal vez por esto, los paseos, á pesar de ser hermosos, están desiertos; son pocos los bailes y las tertulias, y el teatro está abierto poco tiempo, épocas cortas. En cambio, los maridos se distraen poco de sus deberes de la familia. Escasean esos hombres de aventura, esos *calaveras* que corrompen á otras sociedades. Tan raros son el rapto, los concubinatos y adulterios escandalosos, que cuando tiene lugar uno de esos excesos contra la moral, dá ésto materia por muchos días para todas las conversaciones. Los robos son pocos y de escasa importancia, pocas las riñas y casi desconocido el asesinato alevoso. Seguramente no hay seis procesos por delitos de venalidad ó de peculado, desde 1821 á la fecha. No existe el lujo, que es un elemento corruptor, y esto evita la comisión de delitos para satisfacer irracionales exigencias. Se vive en ese Estado de mediocridad, el que más favorece las buenas costumbres, el que más desarrolla la moralidad y crea virtudes privadas y públicas. Lástima que entre tan buenas cualidades se haya desarrollado el vicio repugnante de la embriaguez, y que se toleren los juegos de azar, pro-

hibidos por la ley, con el pueril é inmoral pretexto de proporcionar recursos á los ayuntamientos!

Y aquellas costumbres morigeradas, aquella moralidad, resaltan más en el bello sexo. Las señoras de Aguascalientes, que leen poco y son algo amaneradas en su porte y en su conversacion, no tienen un trato tan expansivo como sería de desearse, tan jovial, que hiciera más atractivos sus encantos, pero son generalmente amables. A la sencillez de sus hábitos y á la dulzura de su carácter, unen la sensibilidad más delicada, un recto juicio, bastante penetración y esa fuerza imaginativa que realza la belleza moral y física de la mujer. Las jóvenes poseen las mismas cualidades á las que se agrega la exquisita susceptibilidad del pudor, ese cuidadoso centinela que ha dado Dios á la inocencia y á la virtud de las vírgenes. Nuestras mujeres son sencillas, modestas, dulces y lánguidas, no obstante el ardor del clima. Generalmente son verdaderas matronas, modelos de virtudes en la condición privada, en el hogar. Desgraciadamente muchos padres y madres de familia educan á sus hijos como se educaron ellos, en el aislamiento, y no les proporcionan los alimentos y los ejercicios corporales más convenientes para que se desarrollen las fuerzas físicas é intelectuales de los niños. Algunos de aquellos exageran las manifestaciones del sentimiento religioso, como si él y la virtud fueran incompatibles con el trato social, con esos momentos de expansión y de alegría que mejoran las costumbres, el lenguaje, las maneras, cuanto exige una buena sociedad.

Hé aquí en bosquejo el cuadro de nuestras cos-

tumbres. Ojalá que se borre de él cuanto deba desaparecer y se estimule cuanto deba conservarse! De este modo se elevará Aguascalientes, porque, digan lo que quieran en contrario ciertos pretendidos filósofos, nada contribuye tanto á la prosperidad de un pueblo como las virtudes de los ciudadanos.

CAPITULO XXIX.

Agricultura.

HECIA el gran Zully, ministro del gran rey Enrique IV: *La agricultura y los pastos son los dos pechos de la Francia, sus minas del Perú,* y empleó todos los recursos de la autoridad, toda su influencia, con el fin de que se labrasen los campos que permanecían en barbecho; destruyó las trabas que impedían los progresos de aquel ramo de la riqueza, y simplificó la recaudación de los impuestos, disminuyendo éstos. Entónces se aumentaron los viñedos, se plantaron cincuenta mil moreras; el trabajo pobló los campos, y los frutos de éstos dieron poderoso impulso al comercio de aquella nación. Entónces también comenzó á ser con-